

che en que siguió á Bounderby como una sombra, según ya lo hemos referido.

El alma de Luísa alimentaba un temor vago y sombrío de que no hablaba nunca, pero que envolvía un horrible misterio respecto á aquel joven perverso é ingrato. El mismo pensamiento triste y sombrío se le había ocurrido á Cecilia, bajo la misma forma indeterminada, cuando Raquel habló de alguien que pudiera resultar comprometido si volvía Esteban, y que acaso le había hecho desaparecer. Luísa no había confesado nunca que sospechaba de su hermano. Cecilia y ella no se habían hecho ninguna confianza á este propósito, á excepción de algunas miradas que habían cambiado el día en que Mr. Gradgrind meditaba con la cabeza apoyada en la mano; pero se comprendían tanto, que la una leía en el pensamiento de la otra. Esta nueva inquietud era tan terrible, que las intimidaba como la sombra de un fantasma; Luísa no se atrevía á pensar que este fantasma estuviese á sulado, y menos aún que estuviese cerca de su amiga.

Mientras tanto, el ánimo forzado que el mequetrefe había llamado en su ayuda, no le abandonaba. Si Esteban Blackpool no era el ladrón, ¿por qué no se presentaba?

Pasó una noche, otro día y otra noche. Ninguna noticia de Esteban Blackpool. ¿En dónde está? ¿Por qué no viene?

CAPÍTULO XV.

Luz de luna.

El domingo siguiente, Ceci y Raquel se reunieron muy temprano para ir á pasearse en el campo. Era una hermosa mañana de otoño.

Como Cokeville no se contentaba con cubrir de cenizas su propia cabeza, sino que cubría también la de todo el vecindario, á semejanza de esos inestimables devotos que hacen penitencia por sus propias faltas, llenando á los demás de cilicios, los que deseaban respirar de cuando en cuando algunas bocanadas de aire puro (lo cual no es precisamente lo más punible de las vanidades humanas), tenían costumbre de hacerse transportar por el camino de hierro, á algunas millas de las fábricas, antes de empezar su paseo campestre. Ceci y Raquel hicieron como todos los demás, para escapar de la humareda cokevillana, y bajaron en una estación situada en la mitad del camino, entre la ciudad y la casa de campo de Mr. Bounderby.

Aunque el verde paisaje estaba sembrado aquí

y allí con montones de carbón de piedra, no dejaba de ser encantador. Por una parte aparecía Cokeville como una niebla espesa; á otro lado empezaban á alzarse algunas colinas; un tercer punto de vista mostraba un ligero cambio en la luz del horizonte, que brillaba sobre la mar lejana; á sus piés la fresca hierba les convidaba á pisarla. Todo estaba tranquilo. Las locomotoras á la entrada de las minas estaban también tranquilas; por algunas horas han dejado de moverse las ruedas. Sólo el gran camino del mundo continúa su revolución, pero grave y pausadamente, sin confusión y sin ruidos.

Las dos amigas se paseaban por el campo, siguiendo con preferencia las sendas extraviadas, evitando siempre los sitios en que la hierba era más espesa y más alta, porque se contaban en el país lúgubres historias respecto á los pozos de minas, ya abandonados, que se ocultaban bajo aquellos indicios engañosos.

Era cerca de mediodía cuando pensaron en descansar. No habían visto á nadie de cerca ni de lejos, y nada venía á turbar su soledad.

—Este sitio es sosegado, Raquel, y parece tan poco frecuentado el camino que hemos traído, que acaso seamos las únicas personas que hemos venido por aquí.

De pronto Ceci se interrumpió, lanzó un grito, y se arrojó en brazos de Raquel, que al observar

su movimiento, se había levantado de un salto.

—¿Qué es eso?

—¿No veis un sombrero abandonado en la hierba?

Se adelantaron juntas. Raquel recogió el sombrero, temblando de piés á cabeza. En seguida prorumpió en llanto y sollozos. El mismo Esteban Blackpool había trazado su nombre en el forro del sombrero.

—¡Infeliz! ¡Infeliz! Le habrán asesinado; su cadáver no puede estar lejos.

—¿Tiene el sombrero alguna mancha de sangre?—baluceó Cecilia.

Ambas permanecieron un rato sin que se atrevieran á mirar el sombrero; pero al fin le examinaron, sin hallar en él traza de violencia, ni interior ni exteriormente. Se conocía que ya hacía tiempo que estaba el sombrero allí, porque la lluvia y el rocío le habían manchado. Las mujeres, horrorizadas, miraron á su alrededor sin moverse del sitio que ocupaban; pero no observaron ninguna otra señal que les indicara la proximidad de Esteban.

—Raquel (murmuró Ceci): voy á adelantarme sola.

Iba á adelantar un paso, cuando Raquel la estrechó entre sus brazos, dando un grito, que resonó repetido por el eco de los lejanos horizontes. Ante ellas, á sus piés, se veía el borde de un

de su extraña aparición, y mostrarse aquellos infelices tan anhelantes como ella, fué todo obra de un momento. Uno de aquellos hombres estaba borracho; pero en el instante que su camarada le dijo que un desgraciado había caído en el pozo del Infierno, se levantó precipitadamente, se dirigió á una cuba de agua, sumergió en ella la cabeza, y se quedó despejado.

Acompañada de estos protectores, Ceci corrió una media milla más, y después otra milla sola, mientras cada uno tomaba una dirección diferente. En fin, se encontró un caballo, y encargó á un mensajero que fuese á brida tendida al camino de hierro y entregase allí una carta para Luísa. Toda la aldea estaba en movimiento, y sus habitantes reunían cuantos medios de salvación podían haber á las manos.

Le parecía á Ceci que habían transcurrido muchas horas desde que habían dejado á Esteban en la tumba en que estaba enterrado vivo. No pudo resolverse á estar más tiempo lejos de aquel sitio; le parecía que hubiera sido una deserción. Volvió, pues, rápidamente, acompañada de media docena de obreros, incluso el borrachado, al cual la fatal noticia le había devuelto su sangre fría, y se había hecho el más servicial de todos. Cuando llegaron cerca del pozo del Infierno, estaba en el mismo abandono en que Cecilia le había dejado. Los obreros llamaron á Esteban, y

prestaron atención; examinaron los bordes del abismo, y reflexionaron acerca del modo con que había podido ocurrir el accidente; después se sentaron, esperando los instrumentos que necesitaban.

El más mínimo zumbido de un insecto en el aire, el más leve crugir de las hojas, la palabra más breve pronunciada en voz baja por los obreros, todo hacía estremecer á Ceci, porque se imaginaba oír un grito que salía del fondo del abismo. El viento soplaba tranquilamente, y ningún ruido subía del fondo á la superficie. Al cabo de un rato llegaron los instrumentos y las personas á quienes esperaban los trabajadores. En medio de éstas venían Raquel y un médico, que traía vino y medicinas, aunque nadie tenía ni la más remota esperanza de encontrar á Esteban, y mucho menos de encontrarle vivo.

Cuando ya había bastantes personas para emprender los trabajos de salvación, el obrero borracho, sea que se hubiese puesto por sí mismo á la cabeza de los demás, ó que le hubiese acordado este honor el consentimiento unánime de sus compañeros, formó un gran círculo alrededor del pozo, y colocó centinelas para impedir que se aproximasen los curiosos á molestarles. Á excepción de los voluntarios á quienes había aceptado como trabajadores, no admitió dentro del círculo más que á Ceci y á Raquel;

pero una hora después, cuando la carta de Ceci llevó de Cokeville un tren expreso, pudieron penetrar también Mr. Gradgrind y Luisa, mister Bounderby y Tomás.

Hacía ya cuatro horas que el sol estaba descendiendo, desde que Ceci y Raquel se habían sentado en la yerba, antes de que se hubiera dispuesto, con perchas y cuerdas, un aparato que permitiese á dos hombres la bajada al pozo. La creación de esta máquina, por sencilla que fuese, había presentado dificultades; se habían olvidado muchos objetos indispensables, y se necesitó tiempo para ir á la aldea á buscarlos y volver con ellos. Eran las cinco y media de la tarde de aquel hermoso domingo de otoño, y aún nose había arrojado al pozo un hacha encendida, á fin de juzgar si la atmósfera no estaba demasiado viciada. Tres ó cuatro de aquellos rudos trabajadores observaban atentamente la luz que otro hacía bajar atada á la punta de una cuerda, según sus indicaciones.

Cuando subieron la luz, continuaba ardiendo, aunque esparcía una claridad muy débil. Echaron luego en el pozo una poca de agua, y el trabajador borracho, en compañía de uno de sus camaradas, provistos ambos de linternas, dió la orden de bajar.

Mientras la cuerda se desliaba fuerte y tirante; mientras la garrucha rechinaba, no hubo un

hombre ni una mujer, entre las ciento ó doscientas personas reunidas allí, que respirase libremente como de costumbre. Al fin hicieron una señal desde abajo, y dejó de girar la garrucha. El tiempo que los hombres encargados de la garrucha permanecieron con los brazos cruzados, pareció tan largo, que muchas mujeres creyeron que sin duda había ocurrido algún accidente funesto; pero el médico, que tenía en la mano el reloj, manifestó que aún no habían transcurrido cinco minutos, y les recomendó que se callasen.

Aún no había concluído de hablar, cuando la garrucha se puso en movimiento. Era fácil observar que no giraba con la misma pesadez que si subiesen los dos obreros; necesariamente uno de ellos se había quedado abajo, en el fondo del pozo.

La cuerda subió fuerte y tirante; anillo por anillo fué enrollándose en el cilindro, y todas las miradas se fijaron en la boca del pozo. El obrero borracho saltó con ligereza sobre la hierba. Todos prorumpieron en un grito:

—¿Muerto ó vivo?—preguntaron.

Después hubo un silencio de muerte.

Cuando respondió: «¡vivo!», la muchedumbre lanzó una gran aclamación, y un sin fin de lágrimas asomaron á muchos ojos.

—Pero se ha hecho mucho daño (añadió el obrero). ¿En dónde está el Doctor? Se ha hecho

tanto daño, caballero, que no sabemos cómo hacerle subir.

Consultaron un breve rato, observando con inquietud el semblante del Doctor, que les hacía algunas preguntas, y movía la cabeza al oír la contestación. El soldo descendía cada vez más aprisa; alumbraba la luz roja que precede al crepúsculo, y dejaba ver distintamente la profunda ansiedad de todos los semblantes.

El resultado de la consulta fué que los obreros volvieran á poner en movimiento la garrucha, y uno de ellos bajara llevando vino y otros fortificantes. Mientras esto se hacía, el médico mandó traer una camilla, y se puso á hacer por sí mismo vendajes y cabezales, que iba entregando al minero, enseñándole la manera de usarlos. Aquel valiente trabajador, con el oído atento, con el rostro vislumbrado por la luz que tenía en la mano, y sin quitar la vista anhelante del fondo del abismo, no era el personaje menos digno de atención en aquella escena espantosa.

Había cerrado la noche, y fué necesario encender hachas.

Según aquel hombre contó á los que le rodeaban, Esteban había caído sobre un montón de escombros que cubría por mitad el fondo del abismo, y su caída no había sido tan grave, gracias á la tierra amontonada junto á las paredes. Estaba tendido de espaldas, con un brazo de-

bajo del cuerpo, y, según se acordaba, no se había movido más que para sacar de un bolsillo un poco de pan y carne que llevaba cuando cayó al pozo.

Dejó su trabajo en el momento de recibir la carta de Raquel, y anduvo á pié todo el camino, y cuando cayó, que era de noche, se dirigía á la casa de campo de Mr. Bounderby. Si había atravesado aquella parte tan peligrosa del país á una hora tan intempestiva, era porque, siendo inocente del crimen que se le imputaba, tenía impaciencia por tomar el camino más corto para entregarse á la justicia.

—El pozo del Infierno (dijo el minero, lanzando una imprecación), quiere merecer hasta el fin su odioso nombre.

Cuando estuvo todo dispuesto, antes de que la garrucha se hubiera puesto en movimiento, desapareció el trabajador en el pozo. La cuerda se desarrolló como la primera vez; hicieron de abajo la señal, y la garrucha cesó de moverse; dieron otro nuevo aviso, y la garrucha chilló horriblemente, oprimida con el peso de la cuerda, más fuerte y más tirante que nunca. Apenas se atrevía nadie á mirar á la cuerda, por miedo de que estallase; pero vuelta á vuelta se fué liando al cilindro, sin accidente alguno, y aparecieron á su vez la cadena y los ganchos, que respectivamente sujetaban á los dos obreros,

quienes.... (era aquel un espectáculo que oprimía el corazón), quienes sostenían en sus brazos, con toda la delicadeza de que eran capaces, á una pobre criatura humana, cuyo cuerpo estaba quebrantado, como si la hubieran tenido en un potro.

La muchedumbre prorumpió en un sordo murmullo de compasión, y las mujeres prorumpieron en llanto cuando aquella forma humana, que casi no tenía la forma, salió del abismo y la pusieron en la camilla que habían improvisado. Al pronto, el médico únicamente se acercó á aquel infeliz; después se aproximaron Ceci y Raquel. Entonces vieron una fisonomía pálida, desfigurada, pero tranquila, que miraba al cielo, y una mano herida que descansaba sobre las vestiduras que cubrían el cuerpo, como pidiendo que otra mano fuera á posarse en ella.

Le dieron de beber, le refrescaron el rostro con agua, y le hicieron tomar algunas gotas de cordial con un poco de vino. Aunque Esteban continuaba mirando al cielo en completa inmovilidad, sonrió exclamando:

—¡Raquel!

Raquel se arrodilló en la hierba al lado suyo, y se inclinó hacia él, interponiendo su semblante entre el cielo y el de Esteban, que ni aun tenía fuerza para volver los ojos adonde estaba su amiga.

—¡Raquel!.... ¡Mi querida Raquel!....

Raquel le cogió la mano. Esteban le dijo:

—No la sueltes.

—¿Sufres mucho, mi querido Esteban?

—He sufrido, pero ya no. Sí, he tenido sufrimientos horribles, atroces, y tantos, querida mía.... Pero todo ha concluído.... ¡Ah, Raquel! ¡Qué lodazal es este mundo!

El espectro de su mirada de otras veces pareció pasar por su fisonomía cuando repitió esta palabra.

—El pozo en que he caído, querida mía, ha costado la vida á centenares de hombres, según afirman los ancianos de estos alrededores....; padres, hijos, hermanos, apoyos de infinitos seres que sostenían y cuya hambre aplacaban. El pozo en que he caído es más mortífero que una batalla. Lo he leído en una solicitud de los mineros; piden y suplican, en nombre de Jesucristo, á los legisladores, que no permitan que les asesine su trabajo, sino que los salven de esos accidentes; que los conserven para sus mujeres y sus hijos, á quienes aman tanto como los caballeros pueden amar á los suyos. Cuando se explotaba la mina, mataba á las gentes sin necesidad; ahora que está abandonada, continúa haciendo lo mismo. Ya veis que es necesario que muramos siempre sin necesidad, de un modo ó de otro.... El lodazal no perdona á nadie.

quienes... (era aquel un espectáculo que oprimía el corazón), quienes sostenían en sus brazos, con toda la delicadeza de que eran capaces, á una pobre criatura humana, cuyo cuerpo estaba quebrantado, como si la hubieran tenido en un potro.

La muchedumbre prorumpió en un sordo murmullo de compasión, y las mujeres prorumpieron en llanto cuando aquella forma humana, que casi no tenía la forma, salió del abismo y la pusieron en la camilla que habían improvisado. Al pronto, el médico únicamente se acercó á aquel infeliz; después se aproximaron Ceci y Raquel. Entonces vieron una fisonomía pálida, desfigurada, pero tranquila, que miraba al cielo, y una mano herida que descansaba sobre las vestiduras que cubrían el cuerpo, como pidiendo que otra mano fuera á posarse en ella.

Le dieron de beber, le refrescaron el rostro con agua, y le hicieron tomar algunas gotas de cordial con un poco de vino. Aunque Esteban continuaba mirando al cielo en completa inmovilidad, sonrió exclamando:

—¡Raquel!

Raquel se arrodilló en la hierba al lado suyo, y se inclinó hacia él, interponiendo su semblante entre el cielo y el de Esteban, que ni aun tenía fuerza para volver los ojos adonde estaba su amiga.

—¡Raquel!... ¡Mi querida Raquel!...

Raquel le cogió la mano. Esteban le dijo:

—No la sueltes.

—¿Sufres mucho, mi querido Esteban?

—He sufrido, pero ya no. Sí, he tenido sufrimientos horribles, atroces, y tantos, querida mía... Pero todo ha concluído... ¡Ah, Raquel! ¡Qué lodazal es este mundo!

El espectro de su mirada de otras veces pareció pasar por su fisonomía cuando repitió esta palabra.

—El pozo en que he caído, querida mía, ha costado la vida á centenares de hombres, según afirman los ancianos de estos alrededores...; padres, hijos, hermanos, apoyos de infinitos seres que sostenían y cuya hambre aplacaban. El pozo en que he caído es más mortífero que una batalla. Lo he leído en una solicitud de los mineros; piden y suplican, en nombre de Jesucristo, á los legisladores, que no permitan que les asesine su trabajo, sino que los salven de esos accidentes; que los conserven para sus mujeres y sus hijos, á quienes aman tanto como los caballeros pueden amar á los suyos. Cuando se explotaba la mina, mataba á las gentes sin necesidad; ahora que está abandonada, continúa haciendo lo mismo. Ya veis que es necesario que muramos siempre sin necesidad, de un modo ó de otro... El lodazal no perdona á nadie.

Dijo esto con voz dulce, sin ira contra nadie, solamente para dar un testimonio en favor de la verdad.

—Raquel: no te habrás olvidado de tu hermana pequeña. No es probable que la olvides ahora, ni que me olvides cuando voy á reunirme con ella. Tú sabes, mi pobre y resignada amiga, cuánto has trabajado por ella cuando estaba sentada en tu ventana, y cómo murió, joven y contrahecha, matada por el aire malsano que se podía muy bien corregir, pero que se deja apesatar las tristes habitaciones de los obreros. Te digo que esto es un lodazal, un verdadero lodazal.

Luisa se acercó á Esteban; pero éste no pudo verla, porque sus ojos estaban fijos en el cielo estrellado.

—¿Hubiera yo tenido necesidad de venir aquí, si este mundo fuera más noble? Sin el lodazal en que nosotros mismos nos metemos, ¿no me hubieran comprendido mejor mis compañeros y hermanos? Si Mr. Bounderby me hubiera conocido más...., si me hubiera conocido algo...., no se habría incomodado conmigo. ¡Pero mira allá arriba, Raquel, mira allá arriba!

Siguiendo la dirección de los ojos de Esteban, vió que contemplaba una estrella.

—Ha brillado sobre mí (dijo con respeto), en todos mis dolores y en todas mis agonías. Ha

alumbrado hasta el fondo de mi alma. Á fuerza de mirarla, Raquel, y de pensar en ti, casi he acabado por no pensar en este lodazal; porque si todos no me han comprendido bien, yo tampoco había comprendido á todo el mundo. Cuando recibí tu carta, creí al pronto que la señora que fué á verme estaba de acuerdo con su hermano, lo cual hubiera sido un infame complot. Cuando caí estaba irritado contra ella, y poco faltó para que fuera tan injusto con esa señora como todos lo han sido conmigo. En nuestros juicios, como en nuestras acciones, es preciso saber sufrir con resignación. En mi dolor y mi pena, con los ojos fijos allí arriba, en esa estrella brillante que respandecía sobre mi cabeza, he visto más claro, y mi último deseo es ahora que las personas puedan acercarse, y conseguir comprenderse mejor los unos á los otros que cuando yo estaba en este mundo.

Al oír estas palabras de dulce paciencia, Luisa se inclinó sobre Esteban, frente de Raquel, de manera que el obrero pudiese verla.

—¿Me habéis oído? (preguntó Esteban, después de una pausa de algunos instantes.) No me he olvidado de V., señora.

—Sí, Esteban; le he oído á V., y su deseo es el mío.

—¿Tiene V. padre? ¿Quiere V. decirle cuatro palabras de mi parte?

—Aquí está (dijo Luisa con terror). ¿Quiere V. que le llame?

—Si no tiene V. inconveniente...

Luisa volvió con su padre. Cogidos de la mano, contemplaron juntos la fisonomía del obrero.

—V. me disculpará, caballero, y me devolverá mi buena reputación á los ojos de los demás hombres. Le lego ese encargo.

Mr. Gradgrind se turbó, y preguntó de qué manera.

—Su hijo de V. se lo dirá (contestó Esteban); pregúnteselo V. Yo no acuso á nadie; no quiero dejar ninguna acusación tras de mí: no diré una palabra más. Cierta noche vi y hablé á su hijo de V. Solamente le pido que me disculpe, y confío en que lo hará.

Deseando ver el médico cómo conducían al herido, y estando dispuestos los que habían de llevarle, los que tenían antorchas ó linternas se prepararon á marchar á la cabeza de la comitiva. Antes de que levantaran la camilla, y mientras que se hacían los preparativos de marcha, Esteban, que no había separado los ojos de la estrella, dijo á Raquel:

—Siempre que he abierto los ojos y la he visto brillar sobre mí en medio de mi pena, he pensado que esa estrella milagrosa es la que indicó á los magos la cuna de nuestro Salvador. Apostaría á que es la misma.

La comitiva se puso en marcha, y Esteban vió con grande placer que le conducían en la dirección que la estrella le parecía indicar.

—Raquel: amiga mía, no sueltes mi mano. Podemos pasearnos juntos esta noche, sin que nadie tenga que murmurar.

—Descuida; no me separaré de ti en todo el camino.

—¡Dios te bendiga! ¿Quién tiene la bondad de cubirme el rostro?

Le llevaron despacio y con mucho cuidado, á través de aquel inmenso paisaje, sin que Raquel soltase la mano del infeliz obrero. Rara vez alguna palabra, murmurada en voz baja, interrumpió el triste silencio de la multitud. El cortejo parecía una procesión fúnebre. La estrella había indicado á Esteban dónde encontraría al Dios de los pobres; había pasado por la humildad, el dolor y el perdón, para ir á reunirse con su Redentor en el asilo del descanso.